

Antología de los relatos de vida de los “excluidos”: El caso paradigmático de los trabajadores del sector de la construcción

Xavier Garcia Curado¹

Resumen: El artículo que nos ocupa pretende desglosar la cotidianidad de unos sujetos considerados en *riesgo de exclusión social*. La información presentada es fruto de un trabajo etnográfico de más de un año, en el que se analizó el día a día de los trabajadores de la construcción de la ciudad de Terrassa, provincia de Barcelona. Veremos que, para nuestro grupo de estudio, la noción de trabajo es fundamental a la hora de ordenar gran parte de las significaciones cotidianas. En este sentido, mediante un análisis que considere el trabajo como punto de referencia, se buscará alcanzar un doble objetivo: En primer lugar visibilizar –y denunciar– la situación socioeconómica de unos individuos que, en pocos años, han pasado de ser entidades que personificaban el éxito del modelo de clase media, a integrar el constante *riesgo de exclusión social* como un elemento más a gestionar durante su rutina diaria. En segundo lugar, una vez descrita en profundidad la cotidianidad precaria de nuestros informantes, se aplicará a nuestro caso el modelo de medición tridimensional del *riesgo de exclusión social* que propone Linares (2008: 146).

Palabras clave: *riesgo de exclusión social, trabajadores de la construcción, trabajo, cotidianidad, clase media.*

Abstract: The aim of this article is to disaggregate the daily life of subjects considered to be at *risk of social exclusion*. The information presented is the result of an ethnographic study during over a year in the city of Terrassa, in Barcelona. The purpose was to analyze the everyday life of construction workers. We will see that the notion of work is fundamental for our study group in order to organize many of their quotidian meanings. In this sense, through an analysis that considers work as a point of reference, we seek to achieve a double goal: first, to visualize—and denounce—the socioeconomic situation of a group of individuals who, in a few years, have gone from personifying the success of the middle-class model to integrating constant *risk of social exclusion* as one more element to cope with in their daily routine; and second, by using the in-depth description of the precarious daily life of our informants, to present the three-dimensional measurement model of *risk of social exclusion* proposed by Linares (2008: 146), and apply it to our case.

Key words: *risk of social exclusion, construction workers, work, daily life, middle class.*

¹Politólogo para la Universidad Autónoma de Barcelona, Máster en Antropología para la Universidad de Barcelona, Doctorando en Antropología para la Universidad de Barcelona. xavigarreta@hotmail.com



Resum: L'article que ens ocupa pretén desglossar la quotidianitat d'uns subjectes considerats en *risc d'exclusió social*. La informació que s'hi presenta és fruit d'un treball etnogràfic de més d'un any, en què es va analitzar el dia a dia dels treballadors de la construcció de la ciutat de Terrassa, província de Barcelona. Veurem que, per al nostre grup d'estudi, la noció de treball és fonamental a l'hora d'ordenar gran part de les significacions quotidianes. En aquest sentit, mitjançant una anàlisi que consideri el treball com a punt de referència, es buscarà un doble objectiu. En primer lloc, volem visualitzar —i denunciar— la situació socioeconòmica d'uns individus que, en pocs anys, han passat de ser entitats que personificaven l'èxit del model de classe mitjana a integrar el constant *risc d'exclusió social* com a un element més a gestionar durant la seva rutina diària. En segon lloc, una vegada descrita en profunditat la quotidianitat precària dels nostres informants, aplicarem al nostre cas d'estudi el model de medició tridimensional del *risc d'exclusió social* que proposa Linares (2008: 146).

Paraules clau: risc d'exclusió social, treballadors de la construcció, treball, quotidianitat, classe mitjana.

Introducción

El capitalismo es un sistema económico cíclico, a lo largo de sus más de 200 años de vida encontramos tanto etapas de sobreproducción como de destrucción de capital. A la vez, desde principios del siglo pasado, se ha acentuado la importancia del mundo financiero en la determinación de los ciclos macroeconómicos. Conceptos como los créditos, las hipotecas, las acciones, los fondos de inversión o los tipos de interés, tienen hoy un protagonismo que evidencia las limitaciones de los análisis de las fluctuaciones macroeconómicas basados únicamente en estrictos términos de producción.

Desde la economía, la politología, la sociología o el derecho, entre otras ciencias sociales, se han realizado multitud de estudios sobre la comentada particularidad cíclica del capitalismo y los consecuentes efectos de ésta. En este artículo tenemos la intención de reivindicar las potencialidades de la antropología a la hora de

disecionar y analizar una parte fundamental, y demasiadas veces olvidada, de las realidades surgentes de las fluctuaciones macroeconómicas: la vida cotidiana. Así pues, proponemos un análisis que conciba la escala macro únicamente como eje de referencia para, a continuación, descender a la vida del día a día. Habiendo hecho el ejercicio de disección de las complejidades de la rutina diaria, se tendrá una visión lo suficientemente completa como para defender el modelo concreto de medición del *riesgo de exclusión social* que propone Linares (2008).

Se ha seleccionado a los trabajadores de la construcción como grupo de estudio paradigmático en riesgo de exclusión social, precisamente por el papel destacado que han tenido en la escena del boom económico español y en su posterior derrumbe. Dentro de los marcos de bonanza y crisis general de la economía en España, el sector de la construcción ha sido, sin duda, el más intensamente afectado. Los fenómenos de burbuja inmobiliaria y crash inmobiliario supusieron, en primer lugar, una sacudida en las dinámicas y funcionamientos intersectoriales, y en segundo lugar, un cambio contundente en las condiciones de existencia de los trabajadores de la construcción. El trabajo de campo fue realizado en Terrassa, Barcelona; la justificación de la elección recae básicamente en motivos históricos y geográficos² que propiciaron una sobre expansión del sector de la construcción, así como una posterior recesión también notablemente acentuada.

Si hay algo que para los trabajadores de la construcción se ha mantenido estable tanto en el período de expansión como de recesión del sector, es la noción de trabajo

²El nacimiento, la evolución y el estallido de la burbuja inmobiliaria en Terrassa fueron más acentuados en comparación al resto del territorio próximo. Los motivos son, primero, que Terrassa tiene un ámbito geográfico mucho mayor en comparación con las ciudades cercanas como Sabadell o Rubí. Esto quiere decir que, antes de la burbuja, las posibilidades de tener suelo de nueva creación para edificar eran muchas. Y segundo, que este suelo no se encontraba únicamente en el extrarradio, sino también en el centro de la ciudad. Este hecho se debe a que la ciudad de Terrassa se ha construido con una gran presencia de grandes fábricas interurbanas, debido a su histórica dedicación a la industria del textil. Durante el proceso de desindustrialización, muchas de estas grandes construcciones industriales fueron derribadas, el resultado fue una gran cantidad de suelo urbano bien situado y liberado.

como principal elemento configurador del propio sujeto. Castel (1997:417) otorga al trabajo el mismo sentido y lo conceptualiza del siguiente modo: el trabajo interviene en la experiencia cotidiana como inductor de la integración de múltiples áreas vitales, esto es, profesional, social, político, cultural e incluso emocional. Por lo tanto, el trabajo hace posible “la integración de las integraciones” de las experiencias vitales que otorgan identidad social y vital. Y, como veremos, los trabajadores de la construcción han construido gran parte de su existencia social a partir del lugar de trabajo, especialmente pero no sólo, por el tiempo que les ha ocupado; por este motivo, un estado de extrema precariedad laboral genera una descalificación en el plano cívico, político y social, además de las directas consecuencias económicas.

En pocos años, se pasó de un contexto macroeconómico expansionista que mantenía a flote el sueño de la clase media, a un estado de aguda recesión que expulsaba a grandes segmentos de la población hacia un *estado de exclusión*. Es en este contexto que, en relación al concepto de *exclusión social*, debemos mencionar las aportaciones de Martínez (2008: 14) y su voluntad de subrayar la faceta procesual de este fenómeno: “*procesos*” de *exclusión social*. El autor asegura que dicha noción no se refiere tanto a la realidad de uno o varios grupos sociales que se encuentran en una situación de *exclusión* de facto, sino más bien a la amenaza de vulnerabilidad que pesa sobre franjas cada vez más numerosas y cada vez más desprotegidas de la población. Desde este punto de vista, los “excluidos” ya no serían únicamente los eternamente olvidados por el progreso, sino que se podrían considerar como las víctimas estructuralmente generadas por el orden social y económico, de las cuales cada vez más población es potencialmente propensa a formar parte en un futuro cercano.

Entonces, debemos analizar la *exclusión* “no como ausencia de relación social, sino un conjunto de relaciones sociales particulares con la sociedad como un todo. No hay nadie que esté fuera de la sociedad, sino un conjunto de posiciones cuyas relaciones

con el centro son más o menos laxas [...] Los excluidos suelen ser vulnerables que hacían equilibrios sobre la cuerda floja y han caído.” (Castel, 1997: 447).

Estas reflexiones apuntan una paradoja fundamental implícita en los procesos de *exclusión social*, y es que, contrariamente a lo que el mismo concepto insinúa, no se puede estar “excluido” de la sociedad para que el proceso tenga lugar. El caso de la evolución de la cotidianidad de los trabajadores de la construcción es un excelente ejemplo para ver cómo unos mismos sujetos puedan pasar, en muy poco tiempo, de tener vidas totalmente “integradas” a ser considerados como “excluidos”. Esto nos lleva a una segunda asunción teórica igualmente esencial, muy bien descrita por Boltanski y Chiapello (2002:421), él y ella contraponen el modelo analítico de las *clases sociales* con el modelo analítico de la *exclusión*. Ambos autores señalan que, mientras que el primer modelo permite alcanzar una lógica de denuncia hacia unos grupos privilegiados que se benefician de la miseria de la clase obrera, el modelo de la *exclusión social* sólo señala la circunstancia negativa que la origina, sin pasar por ninguna acusación o denuncia de responsables. La clase obrera se configura a partir de su estado de explotación, el cual ineludiblemente señala la existencia de la figura del explotador, pero los “excluidos” no son víctimas de nadie, el “excluser” simplemente no existe. Los efectos potenciales del modelo de *exclusión* son, por lo tanto, la individualización de la culpa que, por otro lado, puede posibilitar el trato estigmatizador por parte de las instituciones de asistencia y el cuerpo social en general. Con la propuesta de estos autores, el modelo de la *exclusión* se encarna en medio de la lógica dialéctica del modelo de las *clases sociales*, que es desde donde realmente gana potencia explicativa la noción de *riesgo de exclusión social*. Porque de esta manera, los análisis emergentes del modelo de *exclusión social* incorporan, necesariamente, la imprescindible esfera de las relaciones de poder que acompaña a todo proceso de exclusión social.

Presentadas ya las premisas metateóricas que van a ejercer de fundamento en los análisis plasmados en este artículo, procederemos a enumerar los apartados que

van a formar el presente texto: Primeramente, se harán unos apuntes metodológicos sobre la etnografía realizada, así como el modelo de medición que aquí utilizamos. A continuación, iniciaremos el estudio de caso siguiendo una lógica “de embudo”: partiremos de descripciones macro e iremos enlazándolas hasta llegar a la cotidianidad directa y concreta de los trabajadores de la construcción. Por último, aplicaremos el modelo de medición del *riesgo de exclusión social* de Linares a los datos etnográficos presentados.

Método

La metodología usada para el trabajo etnográfico incluye la entrevista en profundidad, la observación y los grupos de discusión organizados de los trabajadores de la construcción.³ El establecimiento de vínculos de confianza con un número considerable de trabajadores de la construcción ha sido un elemento clave para acceder a unos relatos de vida completos en los que se incluían anécdotas, contradicciones, complejidades, preocupaciones, juicios de valor y una espontánea sinceridad.

El procedimiento metodológico usado fue repetir en numerosas ocasiones las entrevistas con el grupo concreto de trabajadores a los que se tenía mayor accesibilidad en los términos de confianza mencionados. Simultáneamente, se cruzaba y se contrastaba la información obtenida con los relatos de otros profesionales del sector y de otros obreros, a la vez que se lanzaban los temas de interés a los grupos de discusión realizados. De esta forma, se consiguió alcanzar un estado suficiente y necesario de saturación, tal y como lo presenta Bertaux (1989: 8), para obtener resultados, y que emergen en el mínimo común coherente de información que está presente en todas las entrevistas o conversaciones.

³Se han realizado 6 entrevistas en profundidad, teniendo la opción de repasar y revisar en varias ocasiones la información con los mismos informantes. En total, se ha mantenido contacto con más de 20 trabajadores de la construcción de diferentes perfiles. Por último, también se han entrevistado a 6 sujetos que, sin ser obreros, están vinculados profesionalmente al mundo de la construcción.

Hay una peculiaridad inherente al concepto de *procesos de exclusión social* que tiene efectos metodológicos. La potencia de dicho concepto permite hacer una interpretación estructural, pluridimensional y dinámica de la realidad. El potencial analítico de esta triple aproximación incluye, a la vez, una ventaja y una desventaja. La limitación radica en la misma naturaleza notablemente diversa del concepto de *exclusión social*, y es que resulta imposible que un sólo modelo pueda agrupar dentro de sí la enorme cantidad de diferentes casos que hay detrás de los *Procesos de Exclusión Social*, en Mayúsculas. Y esto es lo que hemos intentado superar aquí, como veremos, al menos en gran parte, sirviéndonos del modelo de medición del *riesgo de exclusión social* de Linares,⁴ en el que reconocemos su potencial explicativo de realidades complejas.

Burbuja y *Crash* inmobiliario

Siempre es difícil delimitar con exactitud fenómenos macroeconómicos como el que estamos tratando, aun así, en nuestro análisis acatamos la posición de Naredo (2010: 4) cuando dice que la burbuja inmobiliaria comenzó en 1997 y terminó el último trimestre de 2007. La larga duración del ciclo de bonanza incitó a que éste fuera considerado no como una fase sino como un estado normal y permanente, tanto por parte de los obreros como a los ojos de empresarios o políticos. Se olvidó lo que habían enseñado experiencias previas del mismo capitalismo: que la intensidad del auge suele presagiar la intensidad del declive. Además, tal y como detecta perfectamente Naredo (2009: 118), la acumulación de capital y la expansión del sector de la construcción no se basó únicamente en la sobreproducción (aunque también fue una característica importante del boom), sino que la compraventa de riquezas preexistentes también fue un factor clave. La combinación de ambas cosas es precisamente lo que acentuó la dimensión especulativa de la mayor parte de las inversiones efectuadas durante el auge. Los objetivos de las empresas, tanto

⁴Linares, E. (2008): Participación e Intervención Social contra la Exclusión. En: Revista Trabajo Social Hoy, Monográfico: Trabajo Social para la Inclusión. Pág. 145-172

públicas como privadas, iban orientados a acumular riqueza más que a producir bienes y servicios dirigidos a mejorar la calidad de vida de la población.⁵ La principal implicación que esto tenía era una promoción desmedida de la hiperproductividad como medio necesario para alcanzar la meta final deseable, la venta del inmueble y la consecuente apropiación de los suculentos márgenes de beneficio. Este juego económico en general necesitaba expandirse continuamente para evitar el derrumbe, siendo la construcción el sector paradigmático de esta constante. Tarde o temprano, el ciclo alcista estaba destinado a morir por estrangulamiento financiero.

La experiencia demuestra que los auges no pueden ser permanentes, porque generan desequilibrios que en algún momento los hacen declinar. Lo más difícil de imaginar era que la dinámica de crecimiento podía llegar hasta tales límites. Cuando José Luís Rodríguez Zapatero (Partido Socialista Obrero Español - PSOE) accedió a la presidencia del gobierno el año 2004, ya no había marcha atrás, la crisis era inevitable y sólo cabía gestionarla de la mejor manera posible.

Por el contrario, el PSOE optó por la misma estrategia que el gobierno anterior, presidido por José María Aznar López (Partido Popular - PP), promover y alimentar el crecimiento de la burbuja inmobiliaria. Debería ser responsabilidad de gobiernos y analistas evitar con medidas y advertencias que las burbujas lleguen a dimensiones que se revelan como social y económicamente amenazadoras. Pero tal y como defiende Naredo (2009: 127), el conflicto no se ha creado tanto por errores de diagnóstico, como por la censura implícita que impedía a los economistas y otros

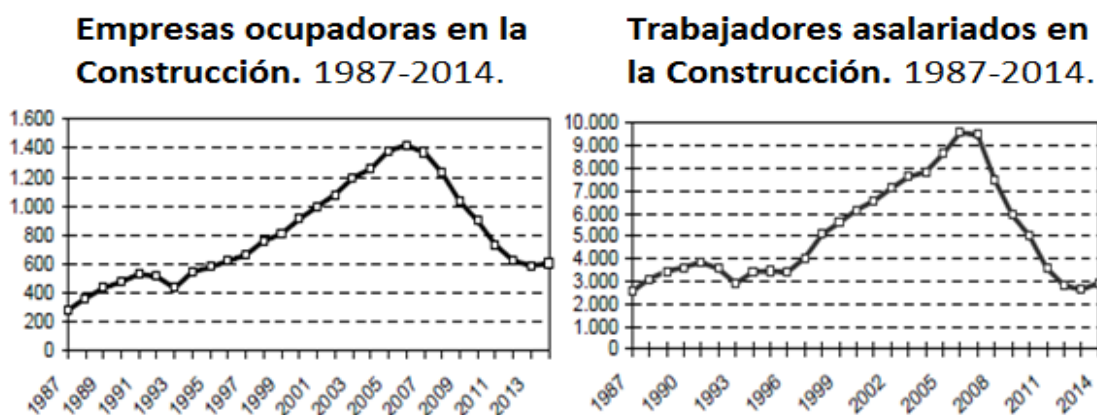
⁵Concretamente en Terrassa, si comparamos la cantidad anual de viviendas comenzadas con la de viviendas acabadas durante los años de boom, podemos detectar que año tras año se empezaban más proyectos de obra de los que se acababan. Si calculamos el sumatorio de la diferencia entre viviendas empezadas y acabadas de entre los años 2000 y 2007, nos sale la exagerada cifra de 10948 proyectos de obra a medias en un periodo de 7 años. Este hecho constata la tendencia de que el ciclo de bonanza se sostenía esencialmente en la compraventa de riquezas preexistentes y en la especulación, no en la simple apropiación de la plusvalía gracias a la venta del producto acabado. Fuente: Informe de Coyuntura de Terrassa 2014 – OESST (Observatorio Económico, Social y de Sostenibilidad de Terrassa).

entendidos comunicar lo que era una evidencia. La burbuja inmobiliaria estaba siendo el motor de enriquecimiento de ciertos sectores privilegiados de la sociedad, y en ningún caso se podía defraudar a estos poderes establecidos.

En general, gran parte de la población participó de la acumulación de riqueza que venía ligada a los grandes flujos de capital en movimiento, desde empresarios hasta trabajadores, pasando por compradores. Aun así, sería de una falta de rigurosidad notable considerar que todos los actores disponían de las mismas condiciones de juego. En España, eran popularmente conocidos los “enormes” sueldos que percibían los obreros de la construcción durante el boom, por otro lado, de lo que no se habla tanto son de las condiciones laborales que sufrían: estado de explotación en eternas cadenas de subcontratación, destajos que se traducían en jornadas laborales de más de 14 horas, plazos de finalización ínfimos que generaban estrés y accidentalidad laboral, escasos días de descanso con la consecuente pérdida de contacto con la familia y los círculos sociales cercanos, un ambiente constante de competición agresiva que dinamitaba las relaciones entre compañeros y un largo etcétera. Menos cuantiosos eran estos sueldos si además consideramos que a partir del 2007 desaparecen. Por el contrario, las repercusiones negativas en términos económicos, sociales y de salud se mantienen con la crisis.

En definitiva, y con especial intensidad en el sector inmobiliario, una vez iniciada la crisis económica, gran parte de los platos rotos fueron pagados por los que menos capacidad de influencia en las cuestiones macroeconómicas habían tenido durante el boom. Estos gráficos de la ciudad de Terrassa muestran lo dicho:





Fuente: Informe de Coyuntura de Terrassa 2014 – OESST (Observatorio Económico, Social y de Sostenibilidad de Terrassa)

A razón de lo comentado, volvemos a subrayar la necesidad de incluir la esfera de las relaciones de poder en los análisis de *la exclusión social*, evitando así una naturalización del *estado de excluido*.

Más allá de las evidentes dificultades económicas que supone una situación de paro prolongado, la precariedad tiene más caras. En su día a día, los trabajadores de la construcción, además del propio trabajo en la obra, también han visto trastocadas las relaciones con familiares y amigos, el estado de salud, la autoestima, los hábitos y costumbres adquiridas, las prioridades vitales, las preocupaciones diarias, las perspectivas, planes de futuro, etcétera. El comentado cambio de las condiciones materiales de existencia ha ido de la mano de una metamorfosis en los marcos de significación de la cotidianidad de los trabajadores de la construcción. Dicho en pocas palabras, estamos delante de un estado de precariedad polifacética.

Trabajadores de la construcción en 2007: de clase media a sufrir la amenaza de la “exclusión”

El año 2007 significa el inicio de la desaparición de la llamada clase media. Estableciendo un paralelismo, Marx (2003: 106) aseguraba que los campesinos parcelarios de su época formaban una clase inmensa, compuesta por individuos que

vivían en una idéntica situación pero sin que existieran nexos entre ellos. Su modo de producción de la vida los aislaba los unos de los otros, en vez de establecer mutuas relaciones. Estos millones de familias (en este caso campesinas) vivían bajo las mismas condiciones económicas de existencia que les distinguían en su manera de vivir de otros sectores de la sociedad. Pero cuando existe entre los campesinos parcelarios una relación puramente local y la identidad de sus intereses no engendra entre ellos ninguna comunidad, ninguna unión nacional ni política, no se puede decir que formen una clase.

Aceptamos la dificultad de la comparación entre la clase campesina del siglo XIX y la clase media del siglo XXI. Sin embargo, los trabajadores de la construcción, aún y cuando eran señalados durante el boom como el ejemplo de éxito del modelo de clase media, lidiaban con unas relaciones de producción que tendían a atomizar el grupo obrero individualizando la vida de cada uno de ellos. Las relaciones tendían al utilitarismo y la desconfianza y, como ocurría con los campesinos del siglo XIX, resultaba complicada una unión consolidada dirigida a luchar por intereses objetivos comunes.

La dedicación total a la obra⁶ muchas veces provocaba un abandono de las relaciones familiares y sociales en general, en las entrevistas hay informantes que explican que solo veían a sus hijos durmiendo, pues pasaban todo el día y gran parte de los fines de semana fuera de casa; no es casualidad que muchos de los entrevistados expliquen que se divorciaron al inicio de la crisis. Por otro lado, los ambientes extremadamente competitivos, individualizados y utilitarios en el puesto

⁶Durante el boom de la construcción, el trabajo por metros y los cortos plazos de finalización de la obra provocaban que muchos obreros tuvieran que trabajar más de 12 horas seguidas. Cuando no, otras veces con la premisa de que “la obra se tiene que acabar” había obreros que dormían y comían en el puesto de trabajo, haciendo jornadas laborales de literalmente dos y tres días seguidos.

de trabajo impidieron un nacimiento de movimientos de apoyo mutuo entre trabajadores, y ni hablar de organización sindical o acciones de protesta activa.⁷

Tomando las palabras de Paugam (2007: 199) cuando se refiere a la pobreza descalificadora, podemos decir que los trabajadores de la construcción forman parte de un proceso de precarización general que se traduce en una angustia colectiva y suscita el debate social y político. *“Afecta pues a la sociedad en su conjunto y amenaza en este sentido su cohesión interna. [...] Están descalificados socialmente. Por ello la ausencia de empleo permanente supone para muchos una serie de pequeñas o grandes humillaciones cotidianas.”* (2007: 199).

A continuación intentaremos plasmar con detalle estas humillaciones cotidianas que, como se verá, se reconocen en los relatos de vida de los trabajadores de la construcción.

La cotidianidad de un sujeto en riesgo de exclusión social

1. Una vida de chapuzas

El significado de la palabra *chapuza* nos remite a una obra o un trabajo sin mucha importancia. Y en el mundo de la construcción *chapuza* es un término extensamente usado, especialmente por parte de los trabajadores. Pero acotando su significado a este ámbito laboral, podríamos definirla como una forma de trabajo informal, cuyas propiedades son: acceso al sitio trabajo gracias a contactos informales, remuneración en negro, grandes fluctuaciones de las remuneraciones, falta de atención en la prevención de riesgos laborales, temporalidad, inestabilidad, indefensión del obrero ante la posible violación de derechos laborales

⁷Es muy ilustrativa la explicación de Miquel, asesor jurídico del sindicato Confederación Nacional del Trabajo (CNT), para ver hasta qué punto los valores neoliberales como la individualización o el utilitarismo habían sido internalizados por parte de los trabajadores de la construcción: *“Venían aquí [sindicato] como si fueran a una gestoría, les daba igual que en el cartel de fuera pusiera CNT o PP, ellos venían porque sabían que aquí había un tío que les ayudaba por muy poco dinero, y cuando tenían el problema solucionado se iban y hasta siempre. No recuerdo a ningún paleta que me viniera pidiendo ayuda porque quería montar un sindicato entre 4 o 5 compañeros en su empresa.”*

fundamentales, riesgo a ser multado, etcétera. El adjetivo “precario” está estrechamente vinculado a la noción de *chapuza*. Debemos señalar que la *chapuza* como tipología de tarea en el mundo de la construcción no ha surgido como novedad con motivo de la crisis. Durante la burbuja inmobiliaria y antes de ésta, era habitual que los trabajadores de la construcción dedicaran parte de su tiempo a realizar trabajos de este perfil, *chapuza* y precario, porque se realizaban “en negro”, es decir, sin contrato, bien para incrementar su sueldo o también por afición y autorrealización. Precisamente la prescindibilidad de la *chapuza* en el ciclo alcista era la característica que desvalorizaba dicha tipología de trabajo. La principal diferencia entre el período de boom y el de crisis es que la *chapuza* ha dejado de ser una actividad complementaria para convertirse en una de las fuentes centrales de obtención de recursos de los obreros.

Partimos del supuesto que el trabajo no es solamente una acción que va dirigida a la obtención de recursos, sino que también es un eje configurador de la misma persona. Precisamente en el caso de los trabajadores de la construcción, nos encontramos con sujetos que han construido gran parte de su cotidianidad desde un estrecho vínculo con el mundo laboral. En esta tesitura, resultan muy adecuadas las palabras de Naredo (2002: 44) que, desde una perspectiva histórica, asegura que en los últimos siglos se han ido eliminando las instituciones que, en las sociedades anteriores al capitalismo, daban sostén y cobijo al individuo. Una vez reducida a la mínima expresión social la familia, la tribu o la ciudad, como elementos que acompañaban física y socialmente al sujeto, el trabajo cobró una paulatina importancia como medio para relacionarse y promocionarse en el terreno profesional, económico y social. Naredo indica, muy oportunamente, que la frustración del desempleo suele ser el motivo que desencadena ciertos trastornos sociales que arrastran los individuos hacia la marginación social y el deterioro personal. A su vez, las importantes tasas de paro estructural hacen que la búsqueda obsesiva de trabajo precario y el afán de subyugarse a él sean moneda de cambio

común en nuestros tiempos. Se consolida un nuevo ascetismo del trabajo aún más compulsivo de lo que se desprende de la antigua razón productivista.⁸

Probablemente, una de las características más dañinas de una vida laboral centrada en las *chapuzas* es la falta de un mínimo de seguridad en el suministro de los bienes de primera necesidad. Como bien decía Carlos,⁹ uno de mis informantes: “*es un ejercicio constante de supervivencia*”, porque los obreros nunca saben cuál será la próxima vez en la que tendrán la oportunidad de trabajar, por lo que, en consecuencia, deben estar vigilando constantemente hasta el mínimo gasto familiar, ya que lo único que tienen asegurado es el poco dinero con el que cuentan en el presente más inmediato.

Estas preocupaciones arraigadas exclusivamente a la inmediatez contrastan estrepitosamente con la estabilidad que el estado del bienestar suministró a los trabajadores, a los que se les aseguraba una vida laboral humilde pero segura, previsible y con un punto final reconocible, la jubilación. Que trabajadores de hoy tengan las *chapuzas* como la principal fuente de ingresos, es la clara muestra de que, tal y como observa Sennett (2000: 7), la vida entendida como un camino lineal ha terminado. Ha quedado cerrada la época en que, año tras año, los trabajadores tenían trabajos que raramente presentaban cambios en la cotidianidad. En aquel tiempo lineal, los éxitos eran acumulativos: los obreros comprobaban cada semana como, gracias a su esfuerzo, crecía su cuenta de ahorros, medían su vida doméstica por las diversas mejoras y añadidos que hacían en su casa. Además, la época que vivían era predecible también porque el aparato estatal y los sindicatos protegían sus puestos de trabajo y preveían las condiciones de su jubilación. Insistiendo con las reflexiones de Sennett (2000: 20), uno de los signos del nuevo capitalismo global son nuevas maneras de organizar el tiempo, y más concretamente, el tiempo del

⁸ No podemos dejar de apuntar que este ascetismo, paradójicamente, se revela en franca contradicción con el hedonismo que predica la llamada sociedad de consumo.

⁹ Carlos tiene 50 y pocos años. Desarrolló oficios variados: pavimentador, electricista o, en lo que él se identifica más, albañil. Está divorciado y tiene 3 hijos, a los que ve poco. Carlos vive con su madre.

trabajo. El lema general del presente laboral es "nada a largo plazo", esto es, la idea de que en la carrera del trabajo tradicional se avanza paso a paso, recorriendo una o dos empresas o un número muy limitado, ha quedado totalmente descatalogada desde la crisis.¹⁰

También en el campo de la construcción ha desaparecido todo elemento relacionado con el avance acumulativo, no sólo en términos estrictamente materiales, sino también en cuanto al reconocimiento social, que es la base a partir de la cual los trabajadores se construían una representación de ellos mismos. En el sector de la construcción, no hace tanto, era habitual la figura del aprendiz, las calificaciones laborales estaban muy bien delimitadas y jerarquizadas, existía la movilidad social ascendente y, al final de la carrera, un obrero de la construcción de avanzada edad se le trataba de maestro.

El lema de "nada a largo plazo" no sólo ha tenido impacto en lo laboral, también ha influido también en las relaciones más cercanas y en el mismo carácter los obreros. Vemos el relato de Armando,¹¹ él fue el que mejor exteriorizó la idea de "corrosión del carácter", relacionándola con la pérdida de trabajo: *"Al principio, cuando te quedas en paro, piensas que ya te saldrá cualquier cosa, pero cuando pasan las semanas y ves que no hay nada es cuando petas por dentro. Nervios constantes, sensación de vacío, de que no hay salida, que estás perdido. No duermes, respondes mal a la gente, estás de mal humor... dejas de ser tú."*

¹⁰Hay trabajadores que se acercan a la edad de jubilación y están preocupados por su futuro. Se encuentran en el dilema de que tienen que hacer planes a 5, 6 o 7 años vista, para conseguir una prestación por jubilación digna, pero que en el entorno socioeconómico impera una incertidumbre que no permite hacer planes más allá de la semana siguiente. En un estado de depresión y resignación total, uno de los obreros entrevistados que más cerca estaba de la edad de jubilación, llegó a asegurar que su único plan era trabajar hasta que su cuerpo aguantara y que, cuando ya no pudiera trabajar más, se suicidaría.

¹¹Armando es un pintor de 58 años, casado y con dos hijos. Actualmente Armando y su familia se mantienen en una humilde dignidad, aunque pasando por etapas graves, de mayor dificultad socioeconómica.

2. Masculinidades rebatidas

Durante el boom, muchos de nuestros informantes representaban escrupulosamente el prototipo de hombre triunfador, sacrificado, cabeza de familia y proveedor de recursos. Por ejemplo, Carlos, Juan ¹² y Francisco ¹³ estaban respectivamente casados, los tres tenían hijos y los tres asumían la obligación de tener que conseguir los ingresos necesarios para proporcionar bienestar a sus respectivas mujeres e hijos.

Bonino (1999: 3) hace un diagnóstico preciso de las creencias matrices de esta determinada construcción de la masculinidad, señalando que uno de los ejes ideológicos en que se sustenta la normativa hegemónica del género que organiza la actual subjetividad masculina es el individualismo de la modernidad. Para éste, el tipo ideal de sujeto es aquél autosuficiente, racional y que se hace a sí mismo. Además, ha incorporado en los últimos tiempos el valor protestante capitalista de la eficacia. Bonino conceptualiza el "*self-made man*" como el ideal de esta masculinidad, y que creemos, aquí, encaja con rol que habían asumido los trabajadores de la construcción en tiempos de auge.

Las condiciones materiales de existencia de los obreros entre los años 1997 y 2007 consolidaban y promovían autorepresentaciones en consonancia con la normativa hegemónica del género. El posterior y repentino cambio de ciclo económico y la extensión de la precariedad desmantelaron la construcción que los sujetos se habían hecho de ellos mismos. En un entorno socioeconómico de evidente vulnerabilidad,

¹²Juan tiene entre 50 y 55 años. Está casado y tiene una hija con minusvalía psíquica. La pérdida del trabajo de Juan a razón de la crisis, juntamente con los recortes en las ayudas a la dependencia, han provocado que su situación familiar haya sido realmente delicada estos últimos años.

¹³Francisco tiene alrededor de 60 años, está divorciado y tiene un hijo. El estallido de la burbuja le afectó fuertemente, dejándolo algunos días sin comer o teniendo que dormir en su furgoneta.

los arquetipos de hombre independiente, autosuficiente, creador de su destino, racional, poderoso y que no le debe nada a nadie, resultan totalmente inoperantes.

Probablemente el caso de Carlos es uno de los más dolorosos de todos los registrados. La combinación del descalabro socioeconómico, el divorcio, la pérdida de contacto con sus hijos y el hecho de verse obligado a recurrir a su madre para no quedarse en la calle, provocan que esté pasando una de las etapas más duras de su vida. Cada uno de los problemas mencionados, los cuales se focalizaron en el corto tiempo de inicio de la crisis, atacó directamente al núcleo de la representación de la masculinidad que ordenaba la vida de Carlos. En poco tiempo dejó de representar fielmente el prototipo de cabeza de familia de éxito para encarnar la figura de un dependiente.¹⁴

Otro de los entrevistados, Francisco, encaja también idealmente en los dos esquemas de la masculinidad, la del éxito y la de su posterior resquebrajamiento. El primero es cuando él asume gran parte de la culpa de su situación. A pesar de la individualización que eso conlleva, la estrategia preferible para Francisco es la culpa autoimpuesta, porque, de alguna manera, está demostrando que efectivamente él es responsable de su destino y, de esta forma, al mismo tiempo que oculta su debilidad, puede seguir exhibiendo honor, dignidad y virilidad.

El segundo apunte a destacar es el rechazo explícito de Francisco a ser reconocido como un dependiente. Recordemos que a pesar de estar en una complicada situación socioeconómica, el entrevistado nos reitera que no quiere ayudas de nadie, proclamando que nunca ha cogido la baja y llegando al punto de decir que no quiere cobrar la prestación por desempleo. Obviamente, Francisco ha recibido ayudas durante el periodo de crisis; entonces, más que del hecho objetivo de recibirlas o no, de lo que Francisco se quiere alejar es de la estigmatización que le supondría ser

¹⁴Izquierdo (2003: 5) habla de la estigmatización de la figura del dependiente, y como en la voluntad de mostrarse, sobre todo los hombres, a sí mismos como seres independientes, libres y autosuficientes llegan a censurar o reconstruir partes de su biografía.

reconocido como dependiente, repitiendo numerosas veces que: *"A mí no me gusta deberle nada a nadie."*

Juan, recordando el momento del boom, aseguraba que, después de pasar días y días trabajando lejos de su mujer y su hija, llegar a casa se hacía un poco raro. Quizás habían pasado cosas que él no sabía, porque estaba demasiado ocupado y, además, cuando empezaba a acomodarse en su casa, se tenía que volver a marchar. La crisis ha supuesto para él tener que rehacer su rol en el ámbito doméstico.¹⁵ El mismo Juan, en un intento constante de justificarse, repite que: *"Bueno, cuando no me sale nada [trabajo] pues me levanto pronto, hago faenas de casa, voy a pasear con mi hija, intento moverme, no estar parado, hago muchas cosas."*

La incomodidad respecto al rol que les ha tocado asumir en estos últimos años a nuestros informantes se plasma en una combinación de rechazo y resignación que expresan cuando explican sus tareas del día a día. Muchos de ellos sólo utilizan la palabra *trabajo* para hacer referencia a aquellas actividades que están remuneradas económicamente, mientras que las otras, normalmente, van acompañadas de justificaciones como *"para no quedarme quieto"* o *"para ayudar a mi mujer"*.

Otro síntoma de intento de reafirmación personal por parte de los obreros es cuando recalcan abundantes veces su hiperactividad diaria, aunque no trabajen formalmente. Por ejemplo, Juan y Francisco se declaran incapaces de estar quietos, enumerando todas las tareas que hacen durante el día para evitar cualquier

¹⁵Juan tiene una hija con una minusvalía elevada, su mujer está completamente limitada en el mercado laboral formal porque desarrolla las tareas de cuidadora no profesional, cobrando por esta actividad un sueldo que ha ido siendo progresivamente recortado desde los inicios de la crisis. En el momento en que el sector de la construcción se derrumba, Juan debe soportar el peso de ser un constante sospechoso de no cumplir unas obligaciones sociales que él siente que le corresponden, esto es, asegurar el bienestar material de su familia. Esta obligación social de Juan se materializaba visiblemente en el tipo de actitud que reflejaban sus compañeros y en el tipo de complicidad que entre ellos se daba. Por ejemplo, cuando uno de sus compañeros comenta que le había salido un trabajo en negro y que necesitaba alguien que le ayudara a hacerlo, todos los obreros presentes concluyeron unánimemente que el que realizaría ese trabajo sería Juan, porque era al que más falta le hacía.

momento de inactividad. Dicha hiperactividad puede tener una función de autojustificación personal frente a la clara inactividad laboral. Resulta muy adecuado recuperar una argumentación de Naredo (2002: 36) que sitúa la noción de trabajo como uno de los núcleos fundadores de la figura del ciudadano en las democracias liberales actuales. El ejercicio que los obreros hacen de justificarse insistentemente en una hiperactividad que, a veces, incluso resulta improductiva, busca demostrar su capacidad y voluntad para trabajar, acercándose de nuevo a la figura "*self-made man*".

Una anécdota muy apropiada para ejemplificar lo que estamos explicando la cuenta Jose.¹⁶ Él mostraba mucha rabia mientras la contaba. Básicamente era que, en plena crisis, se le denegó un trabajo temporal en la obra pública, marcando el folleto de solicitud con un sello que le etiquetaba como "no apto". Él argumentaba que la no contratación no le supuso una gran decepción, estaba acostumbrado. Lo que más le irritó fue que, con sus propias palabras, "*después de tirarme toda la vida trabajando, ¿ahora no soy apto?*" Aunque el sello se refería a la aptitud de Jose para ese trabajo en concreto, tras ser rechazado infinitas veces desde que comenzó la crisis, ese "no apto" fue interpretado por Jose como genérico. Para hombres a los que el eje del trabajo ha representado la columna vertebral en la que se sostenían muchos de los otros ejes vitales, que los etiqueten como "no aptos" para trabajar tiene un significado mucho más profundo que una simple desestimación laboral, los cuestiona a ellos como hombres, y por extensión, también como ciudadanos.

La crisis y su plasmación en el paro generalizado, han supuesto para los obreros un intenso conflicto de múltiples facetas (económica, política, sentimental, emocional, etcétera). La desintegración de la esfera del trabajo ha puesto en seria duda su rol de hombres y, por tanto, también el de ciudadanos de primera. Standing (2011: 112-114) se refiere a los hombres inmersos en el precariado, destacando en ellos su dura

¹⁶ Jose tiene 47 años. Tiene dos hijos y está divorciado. Actualmente vive con sus padres, pero durante la crisis ha llegado a dormir en la calle y a pasar hambre.

aceptación del descenso socioeconómico, su inseguridad relacionada con el temor a perder lo que tienen y cuán doloroso les resulta compararse con su propio yo pasado, o con hombres de anteriores generaciones, o con las expectativas y aspiraciones instaladas en ellos por sus familiares y por ellos mismos. Literalmente, el autor apunta que: *"A medida que crece el precariado y se evaporan los empleos con perspectivas de hacer carrera, la vergüenza se añade a la pérdida de ingresos y de los símbolos de estatus que la acompañan. Mientras el mundo genera trabajo precario, los hombres acostumbrados a proyectar una imagen de estabilidad y progreso en su carrera están en peligro de sufrir graves traumas psicológicos"*. (2011: 115)

3. Malestar general

La estrecha vinculación entre el eje del trabajo, la imagen de *"self-made man"* y la idea de ciudadano moderno, sumando las características laborales inherentes a la *chapuza* como forma de trabajo, nos permitirán ahora captar gran parte del origen del malestar que comentamos.

Son muchas las expresiones de los obreros que advierten de un malestar que se define como abstracto, difuso y que no se puede localizar en un único punto corporal. A la vez, a este malestar innegable también le siguen los adjetivos de constante, incómodo e irritante. No es una hipótesis descabellada que el malestar¹⁷ del que hablamos tenga un origen social, emanado de la precariedad que soportan los informantes.

Los informantes refieren su malestar con expresiones como *"nervioso en la barriga"*, *"irritaciones"*, *"mal humor"*, *"desánimo"*, *"mala leche"*, *"preocupaciones"*, etcétera. Veremos que todas estas expresiones tienen unos mínimos comunes coincidentes.

Es necesario recalcar la conexión que existe entre el malestar del que hablamos y la economía cotidiana, concretamente la precariedad laboral. La rotura de los roles de

¹⁷Este estado de malestar puede llegar, a veces, a ser diagnosticado como enfermedad en estrictos términos biomédicos.

género, las *chapuzas* como principal actividad laboral,¹⁸ las escasas relaciones de confianza, el ambiente enrarecido en el entorno familiar y la incertidumbre constante, entre otros, demuestran que los obreros de la construcción están en una posición de evidente vulnerabilidad. Para desarrollar la noción de vulnerabilidad socioeconómica y colocarla como origen del malestar, recurrimos a las reflexiones de Standing (2011: 44-51) en las que se introduce lo que él denomina las cuatro "As": Aversión, Anomia, Ansiedad y Alienación. Y, como veremos, las definiciones que el autor hace de cada "A", pueden ser perfectamente adaptadas a los relatos de Francisco, Carlos y Juan:

- La aversión brota de la frustración generada por el contraste entre el bloqueo manifiesto de las posibilidades para llevar una vida fecunda y el continuo bombardeo que define el éxito en términos laborales/materiales. Dicho con otras palabras, mientras que el precarizado se ve condenado a una vida de trabajo temporal y pobre, con todo el rosario de inseguridades que la acompañan, la cultura hegemónica destaca el consumismo como el estilo de vida para alcanzar la felicidad. Francisco, durante la burbuja, disfrutó de unas remuneraciones que le permitían un tren de vida envidiable: primera, segunda y tercera residencia, coches, vacaciones, lujos... El consumismo y la posibilidad de compra de bienes materiales era uno de los elementos que daba sentido a las largas jornadas laborales y que lo situaba como un individuo de éxito. Hoy Francisco debe combatir no sólo contra la precariedad, sino también contra el malestar que le provoca tener que compararse con su pasado.

¹⁸La vulnerabilidad inherente a las *chapuzas* tiene dos niveles. El primero y el más evidente es el estrictamente económico, dado que la *chapuza* es una forma de trabajo inestable, inseguro, precario, fluctuante y temporal. El segundo nivel va más allá de lo económico: es el que abarca la representación de la persona, porque no olvidemos que las *chapuzas* las hacen los *chapuceros* y, al igual que durante el boom, la carrera profesional del obrero en un oficio concreto le proporcionaba un estatus social determinado, hoy las cualidades de las *chapuzas* –desvalorizada, secundaria, pobre, prescindible, complementaria y subalterna– son igualmente configuradoras de la imagen del sujeto que las realiza.

- La anomia nos remite a un estado de desesperanza, que se ve, sin duda, intensificado por las fatales perspectivas tanto de presente como de futuro. Hay que entenderla como una apatía derivada de derrotas repetidas, a la que se añade la condena lanzada sobre muchos trabajadores precarios por los políticos o periodistas, que los acusan de perezosos, sin norte, indignos, socialmente irresponsables, etcétera. Carlos, desgraciadamente, tiene muestras de anomia continuadas. En la entrevista reconoce, con tono de derrota, que habiendo sufrido tal cantidad de injusticias ya no le quedan fuerzas para nada: *"Ya no puedes luchar, te vas sin fuerzas, no sabes dónde cogerte [...] Con la edad que tenemos y pasando lo que estamos pasando... si te la meten por el culo, pues te la meten por el culo; si te la meten por la boca, pues te la meten por la boca. Te quedas sin fuerzas ni nada. Solo te queda agachar la cabeza y buscarte la vida por ahí como sea."* El punto culminante del estado de anomia sufrido por Carlos provocó que se intentara suicidar.
- La ansiedad es un sentimiento típico en el día a día de los trabajadores de la construcción, una inseguridad crónica asociada con el hecho de sentirse al borde del abismo, sabiendo que un error o la simple mala suerte pueden inclinar la balanza desde la modesta dignidad a quedar a la intemperie. La gente se siente insegura y tensa, a la vez que subcontratada y sobreexplotada. Juan, aunque se muestra como una persona tranquila y calmada en todo momento, probablemente sea el informante que más cerca de la ansiedad pueda encontrarse. Él es uno de los que ha mantenido el matrimonio intacto incluso con la crisis, además, la hija que tienen en común reclama constantes atenciones. Cualquier pequeño descalabro en la economía cotidiana de esta pareja significaría un impacto en el bienestar de su hija. La presión que tienen que soportar los dos, pero especialmente Juan, por ser el sujeto del que se espera que obtenga los recursos económicos necesarios para suministrar

bienestar a su hija, desemboca en una incontestable ansiedad. Compañeros de Juan me comentaron que cuando pasaba un periodo de tiempo sin encontrar trabajo, estaba muy irritado y que contestaba mal, ellos no tenían duda alguna de que ese estado era fruto de los nervios que pasaba al no conseguir ingresos.

- La alienación se refiere a la falta de autoestima de las personas precarizadas y la sensación de que su trabajo no contiene ningún valor social; mientras que durante el boom muchos presumían de sus oficios, ahora deben buscar la autoestima en otro lado, con o sin éxito. Si la encuentran, su frustración de estatus puede aminorar, pero la capacidad de los obreros de la construcción para encontrar esferas en las que se sientan realizados de manera sostenible ha disminuido notablemente. La alienación respecto a la tarea en sí es común en casi todos los obreros de edad media avanzada. Su experiencia laboral les permitió adquirir un reconocimiento durante la etapa de la burbuja, en la que ellos mismos se autodenominaban con orgullo como carpinteros de aluminio, albañiles, pintores, pavimentadores, soldadores... El vínculo emocional respecto a la tarea desaparece cuando todos pasan a ser *chapuceros*, creándose, de esta manera, una distancia entre los sujetos y los procesos de producción de su propia vida. La *chapuza* acaba provocando que la noción de trabajo sea percibida por los obreros como una entidad extraña, incómoda, molesta y sin mucho sentido más que el estricto beneficio económico.

Una vez analizadas las diferentes partes que componen el malestar que sienten los trabajadores de la construcción, pasaremos a estudiar el proceso de medicalización bajo el cual se crean unos significados políticos determinados. Nosotros consideramos “el malestar” como una expresión cultural con origen en una problemática social concreta, que acaba siendo colonizada por las lógicas pertenecientes a la biomedicina, y en consecuencia, despolitizado. Scheper Hughes

(1997) y Ong (1987) son dos investigadoras en sus respectivos trabajos de campo acaban constatando esta misma tendencia en otros lugares del mundo.¹⁹

El diagnóstico de enfermedades psicológicas –habitualmente depresión o ansiedad– y la consecuente medicalización es una constante en muchos de los relatos de los trabajadores de la construcción. Los casos de Carlos, Jose y Francisco son los mejores ejemplos. En primer lugar debemos destacar que los tres denuncian que parte de la culpa de su situación de vulnerabilidad socioeconómica la tienen unos sectores poderosos de la sociedad que ellos identifican como bancos, políticos o grandes constructores. Pero este discurso de denuncia no llega casi nunca a relacionarlo con el malestar somático que sufren cotidianamente. Toda esta faceta íntima de emociones, sentimientos y sensaciones queda, para los obreros de la construcción, casi totalmente desvinculada del campo de la economía política.

El discurso biomédico, desde la autoridad científica y con un posicionamiento ideológico totalmente afín con las corrientes hegemónicas neoliberales, se presenta como una aguda forma de violencia, que acaba por ayudar a desvincular la relación entre las dinámicas del sistema capitalista y el malestar cotidiano de los obreros. En el momento que los agentes del campo de la biomedicina definen el malestar de los informantes como una enfermedad, que es tratada como algo aislado del entorno y las circunstancias del paciente, y recetan, sin más, los correspondientes medicamentos, se está dando a entender a los obreros que la causa de su mal es exclusivamente interna.

¹⁹Scheper Hughes (1997: 169) cuando se refiere a la medicalización apunta, lo que se denomina, el fenómeno de los "nervos", localizado en una zona de Brasil llamada Alto do Cruzeiro en la que la extrema pobreza está ampliamente extendida. Ong (1987:196) estudia los casos de mujeres malayas de origen rural que son poseídas periódicamente por espíritus en el transcurso de sus duras jornadas laborales en empresas transnacionales. Ambos fenómenos pasan de ser considerados actos de protesta indirecta a desequilibrios del organismo que deben ser medicalizados.

Medición del *riesgo de exclusión social* de los obreros de la construcción

El modelo de medición que usamos (Linares, 2008) es un modelo tridimensional que se divide en tres grandes ejes: Economía, Relaciones Sociales y Sentido Vital. Cada uno de estos ejes tiene una graduación que va desde el estado de “estabilidad” al de “exclusión”, pasando por el de “vulnerabilidad”.

- Dentro del eje de Economía encontramos las categorías de empleo e ingresos. Cada una de estas categorías abraza dentro de sí diferentes temáticas relacionadas: existencia de empleo (formal o informal), estabilidad del empleo, condiciones laborales, sueldo percibido y existencia de ayudas (formales o informales).
- En cuanto al eje de Relaciones Sociales, las categorías que lo componen son relaciones exogámicas, relaciones endogámicas y relaciones con instituciones. Dentro de dichas categorías trataremos las siguientes temáticas: tamaño de la red social, intensidad de las relaciones y fructificación de las relaciones en ventajas cotidianas determinadas.
- Por último, la dimensión de Sentido Vital está formada principalmente por las categorías de planes de futuro y construcción de un Yo. En cuanto a las temáticas que incluyen esta categoría, encontramos: plazos de los planes de futuro, explicitación de objetivos vitales, autoestima y estatus/reconocimiento.

Es necesario apuntar, tal y como asegura la misma autora que propone este modelo (Linares, 2008: 146), que los tres ejes no son zonas-estanco, sino que sus límites tienen una permeabilidad que posibilita el paso de una a otra. De hecho, cualquier persona puede encontrarse en una situación temporal de debilitamiento de uno de los ejes, así pues, lo que marcará que esta persona no descienda a un estado de vulnerabilidad, o incluso *exclusión*, serán principalmente la fortaleza que presenten

los otros dos ejes y el tiempo que pueda durar la situación de debilidad. La contraparte de esta permeabilidad es, justamente, que un estado de aguda vulnerabilidad sostenida en uno de los ejes puedes arrastrar a los otros dos a un consecuente deterioro, acercando el sujeto hacia un estado de *riesgo de exclusión social*.

La información extraída del trabajo de campo para los tres ejes del modelo es la siguiente:

- Eje Economía: Como hemos indicado, muchos de nuestros informantes se encuentran en una situación de paro prolongado, las *chapuzas* y los contratos temporales son su principal fuente de subsistencia; la precariedad (baja remuneración, condiciones laborales denunciabes, accidentalidad, inestabilidad, desprecio de los derechos laborales, etcétera) inherente a estas formas de trabajo deja a los trabajadores de la construcción en una situación de evidente vulnerabilidad. El *riesgo* de caída a un *estado de exclusión*, en lo que al eje de economía se refiere, depende de variables como el grado de asiduidad con el que consigan hacer *chapuzas*, las condiciones impuestas por la parte “contratante” que les ofrece trabajo en negro, la existencia de ingresos en forma de ayuda estatal o familiar, o el grado de posibilidad de acceder a un puesto de trabajo de otro sector diferente al de la construcción. Además de la clara vulnerabilidad socioeconómica, la desaparición de puestos de trabajo dignos y la falta de ingresos también provoca una vulnerabilidad en su Sentido Vital, y recordemos que es el trabajo la base a partir de la cual los trabajadores construyen gran parte de su identidad, especialmente durante el auge. La aparición súbita de la crisis económica supone que en un intervalo de tiempo muy corto los trabajadores tengan que replantearse absolutamente todas las facetas de su identidad.

- Eje Relaciones Sociales: La crisis supone también para muchos trabajadores de la construcción el inicio del deterioro de sus relaciones con los próximos: nos encontramos casos de divorcios, pérdida de contacto con los hijos u otros familiares cercanos, el distanciamiento en las relaciones con compañeros de trabajo que están en la misma situación, y la paulatina pérdida de contacto con los servicios sociales a causa de los recortes y del desmantelamiento del estado del bienestar. El hecho de que la crisis del 2007 tuviera una envergadura y una intensidad tan considerables ha provocado que, aunque los trabajadores mantuvieran relaciones con ciertos contactos, dichas relaciones no fructificarán nunca en una ayuda concreta debido que los contactos compartían el mismo estado de necesidad. Otro punto a tener en cuenta es que el bajo nivel de organización sindical del sector de la construcción no ha ayudado a crear redes de solidaridad obrera o posibles movilizaciones para la lucha de intereses colectivos. De los únicos factores positivos que podemos encontrar para este eje es que, en muchos casos, los informantes tuvieron la posibilidad de volver a casa de sus padres, hecho que sin duda se presenta como una red de seguridad que evita la caída a la más pura indigencia. Además, gracias al socorro de estos familiares, los obreros pueden focalizar más horas de su día a desarrollarse en el mundo laboral y a la obtención de ingresos, hecho que no sería posible si no tuvieran unas mínimas necesidades básicas cubiertas, como la comida o el cobijo.
- Eje Sentido Vital: Este eje ha sido fuertemente golpeado por el estallido de la burbuja inmobiliaria. Los relatos de vida de los trabajadores de la construcción indican, sin duda, una falta de sentido vital que en casos extremos, aunque no escasos, llevan al suicidio. Los indicadores de un *riesgo de exclusión* para este eje son la supresión de la previsibilidad vital y la sustitución de esta por una mentalidad de supervivencia diaria, la sensación de estar siendo despreciados, la imposibilidad de cumplir las obligaciones

socialmente adjudicadas, el consecuente sentimiento de culpa, la falta completa de tiempo efectivo de ocio y la desaparición también de los referentes a partir de los cuales los trabajadores se creaban un yo (por ejemplo: albañil, padre de familia o ciudadano). Otro factor que influye contundentemente en este eje es la estigmatización. Sales (2014: 12) apunta sobre este aspecto que el discurso neoliberal impregna ciertos planteamientos ideológicos que representan a la "nueva pobreza", en contraposición a los "pobres de siempre". Estos planteamientos contribuyen a segregar a las personas en situación de pobreza y a distinguir entre aquellas que están dispuestas a trabajar y aquellas que ya antes de la crisis vivían de subsidios públicos y de actividades "moralmente inaceptables". Los trabajadores de la construcción son ahora sospechosos de ser incluidos en el grupo de "pobres de siempre", que como dice Salas y Campos (2014: 13) se les describe como: con poca fuerza de voluntad, dependientes, holgazanes, viciosos, incapaces para gestionar el dinero, con hábitos sexuales no aceptados, impulsivos, predispuestos a la delincuencia, drogodependientes, etcétera.

Llegados a este punto, debemos apuntar que, seguramente, lo más preocupante del caso de los trabajadores de la construcción entrevistados es que han entrado en una dinámica de constante y simultáneo deterioro de los ejes explicitados, hecho que los aboca a una suerte de retroalimentación negativa. Para ellos, las formas de vida extendidas durante el boom –con una dedicación casi exclusiva a la esfera del trabajo y el abandonamiento de las demás–, el estado de paro de larga duración a causa del estallido de la burbuja inmobiliaria y, por último, el inicio de una etapa de restreñimiento de las políticas sociales y de las políticas de creación de empleo de calidad, han resultado ser una trampa que ha atacado a los tres ejes a la vez, dificultando que uno de ellos pudiera mantenerse fortalecido y compensar el debilitamiento de los demás. En estos casos se ve claramente el carácter *procesual*

de la *exclusión social*. Acabamos citando una reflexión de Castel (1997:413), y es que en la actualidad, el problema que nos concierne no es sólo el que plantea la constitución de una “periferia precaria”, sino también el de la “desestabilización de los estables”. El proceso de precarización atraviesa algunas de las zonas antes estabilizadas del empleo. Ha habido un nuevo crecimiento de la vulnerabilidad de masas que, como hemos visto, había sido lentamente conjurada. En esta dinámica no hay nada de “marginal”. Así como el pauperismo del siglo XIX estaba inscrito en el núcleo de la dinámica de la primera industrialización, la precarización del trabajo es un proceso central, regido por las nuevas exigencias de la evolución del capitalismo moderno. Es perfectamente lícito plantear una “nueva cuestión social”, que tiene la misma amplitud y la misma centralidad que el pauperismo en la primera mitad del siglo XIX.

Bibliografía

Bertaux, D. (1989): “Los Relatos de Vida en el Análisis Social”. En: *Historia y Fuente Oral*, núm. 1. Barcelona. Pp. 87-96.

Boltanski, L. & Chiapello, É. (2002): *El Nuevo Espíritu del Capitalismo*. Madrid: Ediciones Akal.

Bonino, L. (1999): “Varones, género y salud mental. Descontruyendo la normalidad masculina”. En: Segarra, M & Carabí, A. (eds.) *Nuevas masculinidades*. Pág. 41-51. Barcelona: Editorial Icaria.

Castel, R. (1997): *La Metamorfosis de la Cuestión Social. Una crónica del Salariado*. Buenos Aires: Editorial Paidós.

Izquierdo, M^a J. (2003): “Del Sexismo y la Mercantilización del Cuidado a su Socialización: Hacia una Política Democrática del Cuidado”. *Congreso Internacional Sare 2003: CuidarCuesta: Costes y Beneficios del Cuidado*. Vol 18. Pág. 119-154.

Linares Márquez de Prado, E. (2008): “Participación e Intervención Social contra la Exclusión”. En: *Revista Trabajo Social Hoy*, Monográfico: “Trabajo Social para la Inclusión”. Pág. 145-172.



Martínez Veiga, U. (2008): Participación e Intervención Social contra la Exclusión. En: Revista *Trabajo Social Hoy*, Monográfico: "Trabajo Social para la Inclusión". Pág. 7-44.

Marx, Karl. (2003): *18 Brumario de Luís Bonaparte*. Madrid: Fundación Federico Engels.

Naredo, J.M. (2002): "Configuración y Crisis del Mito del Trabajo". En: *Revista electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*. Vol. 6. Pág. 36-47.

Naredo, J.M. (2009): "La Cara oculta de la Crisis. El Fin del Boom y sus Consecuencias". En: *Revista de Economía Crítica*. Vol. 7. Pág. 118-133.

Naredo, J.M. (2010): "Comunicación al Coloquio sobre Urbanismo, Democracia y Mercado: una Experiencia Española (1970-2010)". París: *Instituto de Urbanismo de París*.

Ong, A. (1987): *Spirits of Resistance and Capitalist Discipline, Factory Women in Malaysia*. New York: State University of New York Press.

Paugam, S. (2007): *Las Formas Elementales de la Pobreza*. Madrid: Alianza Editorial

Sales i Campos, A. (2014): *El Delito de ser Pobre. Una Gestión Neoliberal de la Marginalidad*. Barcelona: Editorial Icaria.

Scheper Hughes, N. (1997): *La Muerte sin Llanto. Violencia y Vida Cotidiana en Brasil*. Barcelona: Editorial Ariel.

Sennett, R. (2000): *La Corrosión del Carácter*. Barcelona: Editorial Anagrama.

Standing, G. (2011): *El Precariado. Una Nueva Clase Social*. Barcelona: Editorial Pasado & Presente.

